

## A LA LETRA DEL DESEO: EFECTOS DE LA DIRECCIÓN DE LA CURA SOBRE LA VERDAD DEL SUJETO

Xochiquetzaly Yeruti de Avila Ramírez<sup>1</sup>

Agradezco al Dr. Ignacio Gárate Martínez por la generosa interlocución sin la que este escrito no hubiera sido posible. A José Aurelio de Avila Márquez, Grecia Leal Corona, Olga Corpus Marino y Manuel Zermeño Bocanegra por acompañar cercanamente este ir y venir de palabras.

[...] *un analizante, no dice las mismas palabras con un analista que las que diría con otro, los surcos por donde va irradiando el discurso del paciente, son surcos por los que el analista ha transitado y que muchas veces son aquellos por donde escucha bien y en otro analista hay otros surcos por donde escucha bien. El deseo que está en juego es el del paciente, pero los surcos por donde se escucha, son los del analista.* IGNACIO GÁRATE MARTÍNEZ, 2020.

### Resumen

Dentro de lo que concierne al campo del discurso psicoanalítico, este escrito apunta a restituir la pregunta por la verdad del sujeto en la *praxis* y en la teoría desplegadas desde el quehacer y el saber hacer de quien analiza la condición de *extimidad* del deseo. El aforismo de Lacan acerca de *Hay que tomar el deseo a la letra* presente en el escrito *La dirección de la cura y los principios de su poder*, constituye la interrogante que suscita un esmerado seguimiento sobre la letra. Un recorte clínico, que condensa algunas cuestiones de la época, es el pretexto y testimonio que inicia la serie de aproximaciones y traducciones sobre los enigmas del deseo, cuestión

---

<sup>1</sup> Asesora de prácticas clínicas en la Facultad de Psicología en el Centro de Orientación Psicológica (COP) de la UASLP y en la Asociación Mexicana de Ayuda a Niños con Cáncer (AMANC, SLP). Miembro de la Asociación Universitaria de Pesquisa en Psicopatología Fundamental (AUPPF) con sede en Brasil. Oyente libre en Espacio Analítico Mexicano (EAM). Miembro de Inscripción psicoanalítica, grupo de estudios en San Luis Potosí. xoyeruti@gmail.com

que psicoanalíticamente seguirá siendo eje fundamental pero que, en el marco de la coyuntura social, devela otras formas en las que éste se estructura. Finalmente, propongo pensar la estructura del deseo como *Unheimliche*.

**Palabras clave:** *deseo; letra; psicoanalista; cura; unheimliche.*

### **Abstract**

Within what concerns the psychoanalytic discourse field, this writing aims to restore the question of the truth of the subject within the theory and the praxis deployed from the task and know-how of the person who analyzes the condition of desire *extimacy*. Lacan's aphorism about *One must take the desire to the letter* present in the writing *The direction of the cure and the principles of its power*, constitutes the question that a careful follow-up on the letter raises. A clinical cutout, which condenses some questions of the time, is the pretext and testimony that begins the series of approximations and translations on the enigmas of desire, a question that psychoanalytically will continue to be a fundamental axis but that, within the framework of the social conjuncture, reveals other ways in which it is structured. Finally, I propose to think of the structure of desire as *Unheimliche* (disturbing).

**Keywords:** *desire; lyrics; psychoanalyst; cure; unheimliche.*

### **Introducción**

El deseo, lo escrito y la preeminencia del texto, anudados en la instancia de la letra en el inconsciente, es sobre lo que trazaremos algunas aproximaciones en el marco de la coyuntura social y del quehacer del analista de leer a la letra “Pero esa letra, ¿cómo hay que tomarla aquí? Sencillamente, al pie de la letra.” (Lacan, 1957, p. 462). Pues en ello radica el soporte del acto psicoanalítico (la interpretación). Partiremos de *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958), texto que encontramos en los Escritos II de Lacan, específicamente al respecto del quinto principio titulado *Hay que tomar el deseo a la letra*. Con el propósito de comprender esto que se inserta en la dirección de la cura en psicoanálisis, ahondaremos en los

elementos que componen un aforismo apuntalado en lo que podría considerarse como la polémica cuestión de la dirección o del acto de dirigir la cura.

Primero se trata de descomponer dicha sentencia para imaginar ciertas coordenadas en la clínica y posteriormente dejarnos llevar por los efectos de ciertos párrafos de la enseñanza de Lacan en los que algo salta hacia los fundamentos de una *praxis* que se entreteje desde: una ética del decir y de la dificultad de cada persona de afirmarse como ser. La intención es más o menos exhaustiva, incluso a sabiendas de que –dada la vastedad de aquello sobre lo que dejaré algunas ideas– lo que aquí se esboza quedará incompleto, abierto a las ocurrencias que a cada quien le asalten.

Al tratarse de una *praxis* que se interroga por e indaga en la estructura del deseo inconsciente, testimonio algo de los efectos de este quehacer (clínico-teórico) en el que las pasiones del ser crean ruidos (di)versos o letras ininteligibles. Es Lacan quien al respecto del inconsciente enfatiza que *eso habla*: “La dimensión del síntoma es que eso habla” (Lacan, 1971, p. 24), pero sobre todo que *eso (se) escribe* para advertir que: “el *lugar* desde donde “ello” podía hablar, abriendo más de un oído a escuchar lo que, por falta de reconocerlo, habría dejado pasar como indiferente.” (Lacan, 1960, p. 797) es entonces un *lugar* en donde escuchar es leer el deseo como texto del que el psicoanálisis algo traduce y describe.

\* \* \*

Considerando la función clínica del psicoanálisis de escuchar lo que se habla y de leer lo que se escribe –o de escuchar el habla con su soporte voz y de leer la letra– son estas operaciones desde donde partimos al medio-develamiento del deseo no de objetos (de cosas) sino del deseo de deseo “deseo del Otro, hemos dicho, o sea sometido a la Ley.” (Lacan, 1964a, p. 809) Es desde la estructura del deseo inconsciente de quien, recostado en el diván se muestra como *pizarra mágica* (donde marcas o huellas de otrora se dan a entrever ya que el trazo mismo es el *lugar* de inscripción):

Del lado del viviente en cuanto ser apresable en la palabra, en cuanto que no puede nunca finalmente entero advenir, en ese más acá del umbral que no es

sin embargo ni dentro ni fuera, no hay acceso al Otro del sexo opuesto sino por la vía de las pulsiones llamadas parciales, donde el sujeto busca un objeto que le sustituya esa pérdida de vida que es la suya por ser sexuado. (Lacan, 1960, p. 807)

Un breve recorte clínico nos dé ocasión de balizar este campo. Se trata de un varón que insiste en entender por qué o debido a qué la mujer con quien mantuvo un extraordinario romance, *de buenas a primeras* un (mal)día decide terminar la relación. Él, autorecriminándose ser o haber sido insuficiente, insiste en *querer* entender los motivos de ella para tomar una decisión tan inexplicable para él. ¿Qué se *quiere* (en)tender? *Querer* que dista del deseo, hace de recubrimiento sobre lo insoportable o inaudito, el deseo del otro del que irremediamente se descubrió por fuera, quedando entonces destituido de amar. Lo inexplicable (y también intolerable) es que hay un deseo en el otro. Imaginar que ella está con alguien más, se volvió la revelación insoportable: ser sustituido, según afirmó, lo está matando. Se impone veladamente para él una sentencia atroz que podría articularse como: “ella desea y no es a mí a quien ella ama.” Caída que, para ser sobrellevada, se disfraza de queja, lamento y condena y que, para encubrir el deseo de deseo, le desvía hacia el aparente sosiego de una búsqueda compulsiva de explicaciones o de llenado obsesivo de sentido. “*No entiendo qué fue lo que pasó*” vela aquel dolor de existir por fuera del deseo del otro o del dolor de no existir como amor para el amor, el sufrimiento recae en existir a-penas sobrellevado en querer entender, en tanto deseo de ignorar haber quedado (haber caído) por fuera del deseo de la amada.

Sentirse insuficiente (o desechable), el estado de desconcierto, el temor de ser sustituido, la vivencia de amortecimiento (amor-te-cer) o de disminución del ser, la necesidad de posesión del otro (o de gobernar su deseo); cartografían algunos elementos de la subjetividad de la época al respecto de lo que importa puntuar o anotar algunas aproximaciones que a la vez enfatizan algo del método y de la técnica que se preserva en el acto psicoanalítico.

En *Hay que tomar el deseo a la letra*, hay acentúa la didáctica al respecto del fundamento de tomar el deseo a la letra. En la cura psicoanalítica se vuelve

imprescindible *saber-hacer* (algo) con el deseo: tomarlo a la letra. Es la instrucción de un *saber* que, en tanto es *con* el deseo, es un *saber en jaque* [*savoir en échec*] “lo que no significa fracaso del saber [*échec du savoir*].” (Lacan, 1971, p. 108) Saber *no-todo* y saber algo de *lo no sabido* (lo inconsciente) para decir algo de lo imposible. (Gárate y Marinas, 2003, p. 57). Saber que no sabe de lo que se sabe.

Ahora, vamos a pensar que *tomarlo* alude a algo sensorial: se toma con los sentidos. Ataño a una forma de asir (tomar sutil) o agarrar (tomar fuertemente) que se da en un instante donde algo hace ruido, brinca, turba, seca o congela para dejar simultáneamente, suspendido el sentido o vaciado de significado. También tomar implica, para quien lee la letra, establecer un contacto que no sería eminentemente sensorial pues una agitación o turbación, abruptas, espontáneas y sin sentido, dan a ver algo del texto psíquico que está siendo leído. En esto, *tomar* sería, para quien habla, *acercarse* (o beber) la palabra que diga algo del deseo por develarse a fin de que el sujeto pueda, pese al inquietante extrañamiento que le suscite, hacer algo con eso.

Sobre la compleja cuestión de la *letra*, Lacan (1957) la definió como el “soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje” (p. 463), además destacó que llamamos letra a “la estructura esencialmente localizada del significante” (Lacan, 1957, p. 469) justificando que, por su naturaleza, el significante “anticipa siempre el sentido” (Lacan, 1957, p. 469). Llevado esto a la clínica, la letra es trazo, marca o huella que hace surcos o que perfora el discurso y que por momentos ordena (o resitúa) y por instantes derriba monumentos edificados en las cadenas significantes que anclaron o acordonaron el deseo.

Tomar el deseo a la letra es la raigambre del saber y del hacer del psicoanalista: sabe del trazo del deseo y opera a través de la interpretación. El psicoanalista lee, como lo describen Gárate y Marinas (2003), una escritura insensata: “Y no es huella sensible o inefable, pura percepción, ni tampoco silogismo que desvela; huella sólo, trazo, letra, escritura insensata del ruido y del lugar en donde se produce” (Gárate y Marinas, 2003, p. 68). En tanto fuente o efecto de ruido, el analista lee en el deseo –entre la letra y la voz– algo que puede inscribirse o traducirse como inaugural o indicativo en el sujeto.

En términos de lo que Lacan (1957) resaltaría como los efectos del lugar y de la función del analista, esta relación (específicamente psicoanalítica) con el significante, podemos demarcarla en lo que condensa el siguiente párrafo:

Lo que descubre esta estructura de la cadena significante es la posibilidad que tengo, justamente en la medida en que su lengua me es común con otros sujetos, es decir, en que esa lengua existe, de utilizarla para significar *muy otra cosa* que lo que ella dice. Función más digna de subrayarse en la palabra que la de disfrazar el pensamiento (casi siempre indefinible) del sujeto: a saber, la de indicar el lugar de ese sujeto en la búsqueda de lo verdadero. (Lacan, 1957, p. 472)

La cuestión que mencionamos al comienzo acerca de la dirección o del acto de dirigir la cura, se esboza al introducir que la función del analista es sobre y desde la lengua que introduce en el lenguaje, a fin de utilizarla para intuir la división del sujeto con relación a su deseo y en ocasión de re-articular con sus propias palabras *muy otra cosa*: lo que aparecería intermitentemente como efecto de la dirección de la cura sobre la verdad del sujeto. Intervención del analista como lector e interprete del deseo, portador de palabras desde donde, *muy otra cosa* vendría a escribirse como algo posible.

**La letra como aluvión y su instancia.** En *Clase sobre Lituraterra* Lacan (1971) al respecto de ciertas aproximaciones, dice “¿la letra no es acaso lo literal que hay que fundar en el litoral? Porque es algo distinto de una frontera” (p.109) para agregar que “El litoral es lo que establece un dominio que se convierte [...] en frontera para otro, pero justamente porque no tienen absolutamente nada en común, ni siquiera una relación recíproca” (Lacan, 1971, p. 109). Aquí, Lacan alude al “borde del agujero en el saber” (Lacan, 1971, p. 109) como aquello a lo que el psicoanálisis se aproxima con la letra, pero además afirma que “Entre el goce y el saber, la letra constituiría el litoral” (p. 109), justo ahí Lacan (1971) propone –a través de una interrogante por el cómo– que la *función de la letra* está regida por el inconsciente y advertirá que nada nos autoriza confundir la letra con un significante. Es entonces que la letra se sitúa en el o cumple la función de intersticio, borde, litoral entre el

goce y el deseo, en un *lugar* entre las marcas de lo pulsional y el campo de las metáforas y metonimias, entre el texto y el relato, en la manquedad que se abre en lo real con lo simbólico.

Con la intención de acercarnos a lo que puede considerarse fundamental de la función de la letra, situamos pistas importantes en un prólogo escrito por Ignacio Gárate en el 2010, donde se describe además de su función, su topología y su efecto:

La experiencia del análisis es de tipo *literal* y de tipo *literario*; en efecto, lo literal es el punto topológico en donde la muesca de la letra fija la estructura; lo literario es el efecto de sentido en donde la persona se para a “*distinguir las voces de los ecos*”. Tanto lo literal como lo literario de la experiencia de un psicoanálisis operan, como en la poesía, por efecto de subversión (p. 12)

Esta muesca en tanto espacio topológico de la letra que fija la estructura de la experiencia del análisis se entreteje con series de sentido que, en conjunto, develan la posibilidad de aproximar la experiencia del análisis con la poesía.

En este recorrido entre lo litoral, lo literal y lo literario, vayamos ahora por la vía de la palabra *instancia* para anotar que como *instancia psíquica* o como *instancia de la letra*, se alude más a un sedimento, aluvión o huella que a un espacio. Sedimento o remanente psíquico, quizá para Freud, como para Lacan, es como aluvión: “única huella que aparece para producir, más que para indicar” (Lacan, 1971, p. 112). Algo que, por efecto de arrastre, traza indiciando la situación (inconsciente) del deseo del sujeto.

En la sospecha de la relación de la letra con el efecto de escritura del deseo inconsciente, *retomemos* lo que Lacan (1971) escribe:

¿Qué es este aluvión? Es un manojó. Forma un haz con lo que en otra parte consideré como rasgo primero y con lo que este, borra. Lo dije en su momento, pero siempre se olvida una parte de la cosa, dije a propósito del rasgo unario que es por la borradura del rasgo como se designa el sujeto. La cosa se indica, pues, en dos tiempos. Habrá que distinguir allí, entonces, la tachadura. (p. 112)

Imaginemos (antes que el trazo) la traza que, por efecto de arrastre, devela un rasgo que en primera *instancia* producirá la borradura (o tachadura) que ha de hacer efectuar al sujeto. Es ésta, otra versión, otro modo de pensar la división del sujeto como efecto del lenguaje. El tiempo de la traza y el tiempo de la borradura, producen aquello que habrá de efectuar al sujeto. Efectuado y no sólo efecto: hablado y designado por el lenguaje o predicho y tachado por el Otro, de enunciación y no apenas del enunciado.

Según Lacan (1971) “producir esta tachadura es reproducir esta mitad en la que el sujeto subsiste.” (p. 112) o la división que lo constituye. “En otros términos, el sujeto está dividido por el lenguaje, pero uno de sus registros puede satisfacerse por la referencia a la escritura y el otro por el ejercicio de la palabra.” (Lacan, 1971, p. 117) Es entonces, efecto del lenguaje, pero portavoz de una lengua singular (desde la recóndita verdad del sujeto).

**Primera digresión.** Antes de pasar a la cuestión del deseo, propongo una digresión hacia la clase del 10 de diciembre de 1974 en el Seminario 22 R.S.I. donde, entre otras cosas, Lacan remite al *efecto de escritura* de lo Simbólico que se sostiene en el *efecto de sentido* para enfatizar que “lo Simbólico se escribe” (Lacan, 1974-1975, p. 5). El efecto de escritura y el efecto de sentido de lo Simbólico preceden la pronunciación de Lacan acerca de que “[...] es indispensable que el analista sea al menos dos. El analista que produce efectos, y el analista que –esos efectos– los teoriza.”<sup>2</sup> Teorizar es escribir algo al respecto del texto leído en y para la clínica. Operación atemporal que, por fuera de la lógica lineal del tiempo, se despliega en un movimiento *continuum* como recorrido sobre una cinta de Möbius<sup>3</sup> para que “lo escrito, que se fabrica con el lenguaje, tal vez pueda ser material idóneo para que se transformen ahí nuestras palabras” (Lacan, 1971, p. 115): he aquí la ética del decir del psicoanálisis.

Al colocar tales enunciados en proximidad (los efectos de sentido y de escritura de lo Simbólico, a la par del de la teorización que no puede ser dispensada por parte

---

<sup>2</sup> Establecimiento y traducción al castellano de Ignacio Gárate Martínez (Gárate y Marinas, 2003, p. 77)

<sup>3</sup> “Podemos representar la cinta por medio de un cinturón cerrado tras haberle dado media torsión, lo que ilustra una curiosa superficie cuyas propiedades son no tener más que *una cara* y tener *un solo borde*.” (Gárate y Marinas, 2003, p. 107)



del analista al respecto de sus efectos) se destaca que los efectos del analista se *escriben*. Inclusive en la teorización del efecto de la operación del analista, ésta (la teorización) ha de (des)armarse en una reducción (¿vaciamiento?) de sentido pues, lejos de los afanes de un conocimiento que explique las causas, hay formulaciones, esbozos, conjeturas, especulaciones sobre los jeroglíficos (letra, texto) del inconsciente que la situación analítica crea a fin de agujerear y suscitar un movimiento (arrastre) develador.

De aquí que la escritura pueda considerarse en lo real la erosión del significado, es decir, lo que llovió del semblante en la medida en que esto es lo que constituye el significado. La escritura no calca el significante. No se remonta allí más que para nombrarse, pero exactamente de la misma manera que ocurre con todas las cosas que nombra la batería significante después de haberlas enumerado (Lacan, 1971, p. 114).

Al respecto de la erosión del significado, pienso que algo ineludible en el quehacer analítico es la *remoción*. Aludir a esto de la remoción, invita a tener presente primero las *mociones de deseo* (Freud, 1915, p. 183) y a evocar la referencia de Freud (1905 [1904]) sobre una definición dada por Leonardo da Vinci acerca de la escultura: “procede *per via di levare*, pues quita de la piedra todo lo que recubre las formas de la estatua contenida en ella.” (p. 250) Quitar, remover, agrietar, perforar, tachar, barrer, erosionar: posibilidad de operaciones que se desdobl原因 dentro de una técnica que se dispone a “penetrar en el juego de las fuerzas psíquicas” (Freud, 1905 [1904], p. 250) o develar la superficie de un texto cifrado en códigos apenas parcialmente inteligibles.

Lo anterior lleva a imaginar que la operación analítica –en su análisis de las mociones de deseo– amerita la más sigilosa precisión para apuntar con la fuerza necesaria y en el lugar oportuno, a fin de reducir o de sustraer aquello que encubre una *forma inédita*: la del deseo. En términos metapsicológicos, se trataría de una operación cuyos efectos económicos inciden en los índices o magnitudes de intensidad de lo psíquico o en las insurgencias (rebeliones, levantamientos, alzamientos) de las pasiones. En términos matemáticos, es la división del sujeto y

el resto que en dicha división se produce, lo que a partir de la manquedad del ser, inscribe el deseo.

Teorizar los efectos de tomar el deseo a la letra, tiene el prerequisite de explorar los efectos de escritura y de reducción de sentido suscitados por el saber hacer del analista: saber cinegético según un paradigma indicial (Ginzburg, 2008) o saber hacer análogo al de un escultor, cirujano o arqueólogo, según las metáforas empleadas por Freud (1905 [1904], 1912, 1937) o, según elementos de la enseñanza de Lacan: saber hacer con el lenguaje, saber callar y operar cuando se porta la palabra así como saber leer para saber traducir. Inclusive cuando leer a la letra resulta imposible –aunque incompleta (literal, litoral y textualmente), vierte efectos de reposicionamiento en el sujeto, por lo que tomar/atrapar la letra serían fundamento y movimiento de la misma operación.

**Sobre el deseo de tomar la palabra a la letra.** Tenemos que volver a preguntarnos por el deseo particular y por su rasgo universal. La operación en la práctica analítica es vaciar, en el deseo singular, el sentido del deseo universal y así quizá, intuir los caudales, formas o meandros del deseo (inconsciente) ya que inclusive cuando, siguiendo a Lacan, se coincide en que el deseo es una producción social, al tomarlo a la letra, se despejarían sus anudamientos con el sentido al recortárselo para resonar con lo propio y singular del deseo inconsciente. Es entonces que para tener efectos, hay que tomar el deseo a la letra y para teorizar esos efectos, mantener una intención hacia lo general.

Conformado como “potencia geoméricamente creciente” (p. 591), el deseo es enigma inasible, dotado no sólo de “poquedad de sentido” (Lacan, 1958, p. 593) sino de (más o menos) índices de potencia que en el curso del análisis se develan en “la ocasión de hacer captar al paciente la función de significante que tiene el falo en su deseo” (Lacan, 1958, p. 602) y entonces tal vez asir algo de la verdad sobre su deseo y responder desde éste.

La tarea de testimoniar la estructura del deseo caracterizada por la marca del lenguaje sobre las formaciones del inconsciente, abre la ocasión de tomar el significante decantado de significado. Pasamos aquí a *tomar la palabra a la letra*

pues deseo y palabra, pese a su incompatibilidad, convergen en algún momento o espacio justo por ordenarse en un circuito dinámico de mecanismos inconscientes con los (d)efectos metafóricos (sustituciones) o metonímicos (combinaciones) del lenguaje.

Arriesgando una paráfrasis de Lacan, puntuamos que el saber hacer con el lenguaje que el analista sostiene, ordena la *praxis* de provocar que el analizante se reencuentre como deseante, inversamente a hacerlo reconocerse como sujeto “porque es a la deriva de la cadena significante como corre el arroyo del deseo y el sujeto debe aprovechar una vía de empalme para asir en ella su propio *feed-back*.” (Lacan, 1958, p. 594) y entonces darse un lugar (o presencia) con relación a la falta para hacerse cargo de su deseo.

No obstante, la operación analítica es todavía más compleja en tanto que “el deseo [...] no se capta sino en la interpretación.” (Lacan, 1958, p. 594) a partir de lo cual se desprende la pregunta por la interpretación como acto analítico y por el psicoanálisis como una *praxis* litoral: en los márgenes del sentido y en los agujeros de lo real o en las fronteras del relato y del texto o en los intersticios discursivos del deseante.

Articulemos sin embargo lo que estructura el deseo, el deseo es aquello que se manifiesta en el intervalo que socava la petición más acá de sí misma, en la medida en que el sujeto, al articular la cadena significante, da a luz el déficit de ser con la llamada a recibir de él el complemento del Otro, en caso en que el Otro, lugar de la palabra, constituye también el lugar de esa manquedad. (Lacan, 1958, p. 597)

Es entonces que podemos conjeturar que en la práctica analítica la manquedad y la poquedad de sentido son las condiciones que disponen la puesta en acto de una operación que suscita descentramientos, tachaduras, socavamientos, agitaciones, cortes, sacudidas, vaciamientos, arrastres, giros o cualquier otro movimiento que revele la carencia o vehiculice la posición deseante del sujeto a través o en los intersticios significantes. En términos de Lacan (1971) “bastaría que de la escritura aprovecháramos otra cosa que el ser tribuna o tribunal, para que se pongan en juego otras palabras que nos hagan a nosotros mismos su tributo” (p. 115) es así

como se establece una intimidad con las palabras pues, al tomarlas, algo de la letra o de la estructura del deseo se da para ser leído.

Que el analista sepa hacer con el lenguaje, también supone que –al articular lo que estructura al deseo– abriría para el analizando una ocasión o quizá una serie de instantes efímeros cuyos efectos serían más bien duraderos:

Esto apunta a una función muy diferente de la de la identificación primaria, pues no se trata de la asunción del sujeto de las insignias del otro, sino de esta condición que se confiere al sujeto de encontrar la estructura constituyente de su deseo en la misma oquedad abierta por el efecto de los significantes que vienen a representar para él al Otro en la medida en que su petición se somete a ellos. (Lacan, 1958, p. 598)

Hallazgo ominoso (inquietante familiar) este de encontrar la estructura constituyente de su deseo ya que suscita distorsiones del Yo, desensambles, desasimilaciones, deformaciones. Tales efectos caen por fuera de las aspiraciones o afanes de los modelos psicoterapéuticos actuales que pretenden recubrir ilusoriamente la manquedad del sujeto o aparentar remiendos narcisistas.

La operación analítica se dirige al deseo inasible, enigma insondable que, no obstante, hay que tomar a la letra, precisamente aún cuando:

En la experiencia, el deseo se presenta ante todo como un trastorno. Trastorna la percepción del objeto. Tal como nos lo muestran las maldiciones de los poetas y de los moralistas, degrada al objeto, lo desordena, lo envilece, en todos los casos lo sacude, y a veces llega a disolver incluso a quien lo percibe, es decir, al sujeto. (Lacan, 1958-1959, p. 397)

Continuará para el analista, su tarea constante: a) teorizar los efectos de tomar el deseo a la letra y b) no cesar de analizar la estructura del deseo singular y sus efectos de trastorno o de “rectificación de las relaciones del sujeto con lo real” (Lacan, 1958, p. 571). Al respecto de esto último, como lo destacan Gárate y Marinas (2003), recordar el veredicto lacaniano acerca de que *lo que se rechaza en lo simbólico reaparece en lo real*.

**Otra digresión.** Antes de cerrar esta revisión de los elementos presentes en la didáctica de *tomar el deseo a la letra en la dirección de la cura y los principios de su poder*, vamos a otra digresión necesaria. Si me autorizo una afirmación arriesgada, hay que tomar el deseo como inquietante familiar.

Al considerar la introducción que realiza Freud (1919) en *Das Unheimliche* (lo inquietante familiar), acerca de un campo de la estética que también le atañe al psicoanalista, podemos empezar a trazar algo sobre lo inquietante del deseo y su desconcertante o articulador efecto ya que “No hay duda de que pertenece al orden de lo terrorífico, de lo que excita angustia y horror.” (Freud, 1919, p. 219) Al advertir que el sujeto no se reconoce en su posición deseante o que su deseo le suscita algo inefable, es que propongo que el deseo podría ser traducido, desde una lectura freudiana, como algo *Unheimliche* o trastornador.

¿Cuál es el saber hacer o cuál es la posibilidad de la operación analítica frente al deseo que trastorna, disuelve al sujeto o que excita angustia? Quizá se trate de una ficción de lo que Freud llamó de “auténtica *ars poetica*” (Freud, 1908 [1907], p. 135). En esta osadía, podemos considerar que la interpretación cae en esta *ars poetica* cuyos efectos de *decir removedor* y en su provocación de *algo renovado*, no será sino una *trasposición* o *transliteración* del sujeto, es decir, una destitución. Lo que ahí será producido devendría de lo que puede ser la fórmula de la metáfora: sustitución de *una palabra por otra* sobre la que Lacan (1957) aludió a la *chispa poética* u ocasión para que “la creación metafórica tenga lugar.” (p. 474) o de la metonimia: secuencia litoral de una reformulación por retornar. Una y otra, sobre o a partir del resto de la división.

La metáfora sería un movimiento en el que se da una cancelación: una cadena significativa quedaría inhabilitada por otra y sería en ello, donde la chispa poética matiza las operaciones de la clínica sostenidas en esa posibilidad de creación metafórica. Es entonces en esa simultaneidad entre la *chispa poética* y la *creación metafórica*, susceptibles de ser suscitadas en la cura psicoanalítica, donde se produce un efecto de verdad. Que cuando se devela con efecto de arrastre, para indicar y no tanto para producir, tal develamiento, traza (como aluvión) el campo hacia la retranscripción del sujeto en su historia. Eso inquietante, al colocar al sujeto

de cara con su manquedad, falta en ser o con el desamparo, testimonia la visión insoportable de la que después, justo por eso, quizá quedamos más o menos sostenidos ante los estragos del vivir.

**Consecuencias en la práctica clínica.** Ya que el deseo tiene algo de no sabido, es a través de los intersticios de lo dicho y de lo escrito, el lugar donde la práctica psicoanalítica se actualiza en los desplazamientos del relato y del texto. *Hay que tomar el deseo a la letra* involucra las palabras en la textualidad de su relato. Una consecuencia en la práctica sería la de reconocer que no puede prescindirse de una ética del decir, una relación con las palabras que posibilite escuchar el relato y leer el texto: ética que asuma tanto la manquedad del sujeto como la potencia del deseo.

Hay un tiempo que transcurre desde una estructura *literante* o fonemática y cuya originalidad estriba en la prevalencia de un mundo fónico donde la pulsión (desligada de la palabra) desplegaría el *lugar* sobre el que se escribiría un texto que devendrá discurso desde donde una lengua habrá de develarse: darse a leer y hacerse oír.

En la práctica clínica, como lo dictó Lacan hace poco más de 6 décadas:

[...] es de esperarse que el psicoanalista de hoy admita que descodifica, antes que resolverse a hacer con Freud las escalas necesarias [...] para comprender que descifra: lo cual se distingue por el hecho de que un criptograma sólo tiene todas sus dimensiones cuando es el de una lengua perdida. (Lacan, 1957, p. 478)

Pasar o desplazarse de la decodificación al desciframiento, seguirá siendo el trabajo de estar al encuentro de lenguas perdidas, olvidadas, soterradas o encriptadas.

Saber-hacer con las pasiones quizá sea el horizonte en el que el psicoanálisis se escriba, se lea y se diga como poema. Aprender, durante la cura analítica, sobre cómo se ha amado y sobre el amar, supone que al hurtar en los recovecos del más latente deseo: desear ser amado, desear morir, desear vivir, ello tenga el efecto de “empujar a alguien, sobre todo después de un análisis, a *hystorizarse* por sí mismo.” (Lacan, 1964b/2016, p. 600) Sea ello, el movimiento continuo entre el *no saber sobre el amor* y *un saber sobre el desear*.

## Referencias bibliográficas

- Freud, S. (1905 [1904]). Sobre psicoterapia. En J. Strachey (Ed.), *Obras Completas vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- \_\_\_\_\_ (1908 [1907]). El creador literario y el fantaseo. En J. Strachey (Ed.), *Obras Completas vol. IX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- \_\_\_\_\_ (1915). Lo inconsciente. En J. Strachey (Ed.), *Obras Completas vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- \_\_\_\_\_ (1919). Lo ominoso. En J. Strachey (Ed.), *Obras Completas vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gárate, I. (2010). Prólogo. En Orozco, M.; Gamboa, F.; Pavón, D.; Huerta, A. y Cantoral, A. 2011. *Configuraciones psicoanalíticas sobre espectros y fantasmas*. Plaza y Valdés: México.
- Gárate, I. & Marinas, J. M. (2003). *Lacan en español. Breviario de lectura*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Ginzburg, C. (2008). Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales. En *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Gedisa: Barcelona.
- Lacan, J. (1957). La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud. En *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (1958). V. Hay que tomar el deseo a la letra. En *La dirección de la cura y los principios de su poder. Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (1958-1959). *Seminario 6 El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1960). Posición del inconsciente. En *Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (1964a). Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista. En *Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (1964b). Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2016.
- \_\_\_\_\_ (1971). *Seminario 18 De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós.

\_\_\_\_\_ (1974-1975). *Seminario 22 R.S.I. (Versión crítica)* Trad. R. Rodríguez  
Ponte